BIBLIOTECA POPULAR.
1.ª série n.º 12

AL SOLDADO

EN TIEMPO DE GUERRA

POR

MONSEÑOR SEGUR.

PRECIO: 20 cént. de real.

BARCELONA:
TIPOGRAFÍA CATÓLICA PINO, 5, BAJOS.
1872.

PRÓLOGO.

¿Y porqué no nos habíamos tambien de dirigir al soldado? Es acaso esta conciliacion menos digna de fijar las miradas del catequista católico? ¿Ofrece menos deberes que cumplir? ¿Es por ventura menos arriesgada para el alma que para el cuerpo?

Vamos á hablar pues de sus deberes de campaña al soldado español, cualquiera que sea el color de su bandera ya que por desgracia son dos las que en estos momentos traen divididos á los hijos de nuestra patria.

En tales tiempos ha sido España una nacion militar y sus hijos tan buenos soldados como buenos ciudadanos. Nuestra historia es una lucha constante con muy breves y contadas treguas pero con una ventaja sobre las demás naciones. Rara vez ha sido el español soldado de

causas injustas, casi siempre lo fué por su patria y por su religion. Desconocidas son en nuestra historia las guerras por intereses materiales aun por los de conquista. Aquí siempre nos hemos batido por el suelo ó por el altar.

No basta, empero, todo esto, querido lector, para que seas soldado completo. Si al orlar con laureles el escudo de tu patria, tras el cuerpo miserable, pierdes tambien el alma en la refriega, habrias hecho ciertamente un mal negocio. En guerra como en paz acordársete debe de que eres de Dios, pero en tiempo de guerra no debes olvidar que andas más cerca de él y más expuesto que nunca á perecer en su divina presencia.

A amigos, como á enemigos, á los de un campo como á los de otro, á todos los que empuñan fusil y obedecen á la disciplina militar es conveniente este librito que como Segur dedica á los soldados de su patria, así dedico yo á los nobles individuos de los ejércitos españoles.

Sardá.

I.

¿ Por qué es preciso que el soldado sea en tiempo de guerra un escelente cristiano?

Porque arriesga su vida: ni más ni menos.

El soldado tiene dos banderas, la del cielo y la de la tierra; y debe amar á las dos, sin olvidar jamás á la una por la otra. Seria hacerle una ofensa, sobre todo en tiempo de guerra, el recomendarle que fuera bien leal á la bandera de la patria; pero es hacerle un servicio y un servicio muy grande el exhortarle á que piense en su alma en medio de los azares de la guerra.

Durante la guera es preciso ser cristiano, más buen cristiano, si es posible, que durate la paz. Más que nunca es preciso respetar á sus jefes, desvivirse por ellos, obedecerles con fidelidad absoluta; más que nunca es preciso ser esclavo del deber. «Los mejores cristianos son los mejores soldados» decia un

célebre capitan. Y despues cuando el alma, está en paz con Dios y por este lado nada hay que temer el soldado marcha hácia el enemigo sin recelo y ni la misma muerte le asusta. Para él todo es ganancia, si se salva, tiene la gloria, el ascenso, la cruz honorífica, la alegría del regreso; si sucumbe, tiene todavía otra cosa mejor, el cielo, la gloria verdadera, la felicidad que no tiene fin. ¿De qué quereis que tenga miedo un hombre semejante?

Veamos pues en que consiste para el soldado en campaña, el ser cristiano.

Ser cristiano no consiste solamente ir los domingos á la misa militar y cumplir ciertos actos exteriores de religion compatibles con el servicio; consiste en algo más, consiste en acordarse amenudo de Dios, en rezar con todo corazon muy amenudo y especialmente en las horas de faccion, en las marchas y contramarchas, y en todos los otros momentos en que se está un poco más libre: consiste en tener arreglada su conciencia, por medio de una buena visitilla hecha al capellan ó á algun otro sacerdote de las poblaciones por donde se pasa, y, una vez hecha la visita, guardar bien la pureza de conciencia que se ha obtenido;

consiste en evitar cuidadosamente las faltas en que con mas facilidad cae el soldado, tales como el blasfemår del santo nombre de Dios, el emborracharse, la rapiña, el robo, las palabras deshonestas, los pecados contra la pureza, la indisciplina, la desobediencia á los jefes los arrebatos de cólera y otras por el estilo.

Ser cristiano, en tiempo de guerra, consiste además en portarse dignamente en país enemigo. Nada de pillaje, nada de brutalidades, nada de ultrajes á mujeres, niños y viejos; respeto á la religion, respeto á la propiedad y generosidad para con todos. Va en ello el honor cristiano y el honor pátrio. El verdadero soldado no solamente sabe hacerse temer, sino que además sabe hacerse respetar y hacerse amar por todas partes por donde pasa.

Ved ahí en lo que consiste el ser cristiano en tiempo de guerra. El valiente soldado que de esta manera se porta recibe la bendicion de Dios; y si de improviso le viene la muerte, sabe que está convenientemente dispuesto á recibirla, y que puede estar seguro de la misericordia de su divino Juez.

II.

La víspera de la batalla.

Esto aún es más solemne... Mañana nos batiremos: se dispone todo para hacer segura la victoria; no se olvida absolutamente nada...

Con que tampoco hay que olvidar lo más importante: hay que ponerse en regla, y prevenir lo que mañana podria suceder. Dia y noche está á las órdenes de todos el capellan, bondadoso, amable, con el corazon y los brazos abiertos, indulgente con las debilidades del pobre soldado: le está esperando armado de esta maravillosa potestad que solamente Dios puede dar y da á sus sacerdotes, la potestad de perdonarlo todo, cuando se está arrepentido, todo, absolutamente, todo. ¡Qué bello y que consolador es esto!

¡Cosa estraña! Hay gente que le tiene miedo á este perdon que tan dulce es. Os encontrareis amenudo con un soldado viejo y cargado de condecoraciones, con un intrépido teniente, con un oficial á quien veinte veces se ha citado en la

órden del dia: todos son valientes; casi son unos héroes... ¡y sin embargo tienen miedo! ¡Miedo! ¿Y de qué? De confesarse. ¿Será que no tienen fé? No señor: están bautizados: hicieron una primera comunion escelente; más aún, traen colocado sobre su corazon la medalla bendita de la Vírgen, piadoso recuerdo de su madre ó de su hermana, y por nada del mundo quisieran morir como una perra: y apesar de todo, cuando llega la víspera de un combate la víspera tal vez de comparecer ante el tribunal de Dios, vacilan todavía ante la idea de poner en órden su conciencia. ¡Qué locura! ¡Aventurar su eternidad, cuando tan fácil les es asegurarla!

Cuando llegue la víspera de una batalla, amigos mios, haced todo lo posible para poneros en paz con Dios. Si no podeis ir con el capellan de vuestro batallon, procurad ir á encontrar á otro sacerdote cualquiera, el primero que os venga á la mano, y confesaos. Arrepentíos sinceramente de todas faltas; porque la confesion por sí sola, sin arrepentimiento, nada valdria. Si podeis, id á confesaros con todo vuestro corazon, como si fuerais unos buenos niños ó unos verdaderos cristianos. De este mo-

do cuando os levantareis de los piés del confesor os levantareis perdonados; y si al dia siguiente os sobreviene alguna desgracia, si alguna pícara bala ó algun casco de granada os echa por tierra sin daros tiempo ni para soltar un «¡ay!» á lo ménos estará salvada vuestra alma, y la patria del cielo no tendrá que lloraros como tendrá que hacerlo la patria de la tierra.

Al principio del sitio de Sebastopol, un oficial de marina, jóven de talento y de porvenir, sabiendo que tenia que haber combate aquel mismo dia, fué á encontrar al capellan del buque, se confesó con él y comulgó. Algunas horas despues, hallábase hablando y riéndo sobre el puente del navío almirante. De pronto viene una bala de cañon y se le lleva la cabeza. La muerte fué instantánea... ¿Habia hecho bien, el valiente jóven, en tomar sus precauciones?

Todos habreis oido hablar del mariscal de Turena: era uno de los generales más valientes que jamás tuvo la Francia. Era tan fervoroso cristiano como intrépido militar: tambien él habia confesado y comulgado el dia en que hirió su pecho un balazo y que le ocasionó la muerte, en el momento en que estaba

haciendo un reconocimiento y dando sus últimas órdenes para disponer el éxito de la jornada.

Confio, amigo mio, que no os sucederá una cosa por el estilo; pero al fin esto no es imposible. Preveníos: poned en regla vuestra conciencia: no será esto lo que os mate.

La paz del alma en los grandes peligros es un bien que no tiene precio. He conocido á muchos jefes oficiales y soldados del ejército de Crimea y del de Italia, que me han contado la extraordinaria alegría que les habian causado estas confesiones supremas en la víspera de las batallas.

III.

Durante la batalla.

«Durante la batalla se pelea, me direis, se pelea de récio, se pasa todo el tiempo peleando, y no se piensa en otra cosa...» Es verdad y cuanto más se trabaja mejor. El campo de batalla es el campo del honor; allí hay que portarse como un valiente; es preciso vencer ó morir.

Confiemos en que vos sereis uno de los muchos á quienes respetan las balas y la metralla, y que todo lo dan generosamente al enemigo, sin querer recibir de él ni tan siquiera un razguño. Pedidle esto á Dios, y prometedle que ni teneis esta suerte, cuando hayais vuelto á vuestro país, palabra de honor, le hareis arder un buen cirio.

Pero ni por casualidad no sois vos sino vuestro vecino quien tenga esta suerte, ¿qué sucederá? De seguro que sucederá una de las tres cosas que voy á deciros: ú os herirán y sereis traido á la ambulancia, ó bien ¡no lo permita Dios! os herirán y os dejarán olvidado en medio del zafarrancho, ó, por último, sereis del reducido número de esos valientes que tienen la gloria de morir en el campo del honor.

En el primer caso, guardaos bien de quejaros ni de desanimaros: el soldado herido tiene una suerte que no siempre tienen los otros, el ascenso, la medalla, tal vez la cruz honorífica, y ésto me parece que bien vale la pena de sufrir un poco. Pero mientras aguardais la recompensa que os lo hará olvidar todo, reanimad vuestra fé, pensad en Dios que ha permitido esta herida, ofrecedle

vuestros sufrimientos y llamad deprisa al capellan. El sacerdote es el cirujano de Dios, que posee una receta maravillosa para calmar todos los padecimientos; el os dirá estas cosas buenas que vienen directamente del cielo y que son un bálsamo divino que calma y consuela; os bendecirá, os reconciliará con Dios, y si conviene dará noticias de vos á los amigos de vuestro país.

En el segundo caso, si á vuestros camaradas les es imposible el recogeros en seguida y conduciros á la ambulancia, mientras esperais que venga ayuda, acudid á Aquel que todo lo puede y cuya buena providencia no os abandonará. Si por desgracia vuestra conciencia no os halla en buen estado, prometed á la Madre de Dios vivir mejor en lo sucesivo y cumplir fielmente vuestros deberes de cristiano, desde el momento en que hayais salido del apuro... Si vuestra herida produce este resultado, para vosotros el recibirla habrá sido más bien una verdadera benediccion, que una desgracia.

Finalmente, en el tercer caso, si caeis mortalmente herido, ¡ah mi valiente amigo! Por el amor de Dios y por el de vuestra alma, que no perdais el tiempo! Haced enseguida un perfecto acto de con-

tricion: «*Dios mio, perdonadme mis pecados, y recibidme en vuestra misericordia! Dios mio, yo no soy mas que un pobre pecador, pero Vos* sois bueno y se lo perdonais todo al que se arrepiente. Y yo me arrepiento de todo ¡de todo sin escepcion!... Jesús, Dios mio, os amo con todo mi corazon: perdonadme mis pecados!... Santa Vírgen María, rogad por mí: os ofrezco mis sufrimientos y mi muerte!»

Decid esto ó algo por el estilo, desde el fondo de vuestro corazon. Dios os oirá, y endulzará vuestros últimos momentos. Pensad en vuestra buena madre, en vuestra primera comunion, en el buen sacerdote que os la hizo recibir.....

Si vuestro Angel bueno os envia un sacerdote, confesaos inmediatamente; arrepentíos con todas vuestras fuerzas y poned toda vuestra confianza en la misericordia divina. Vuestra salvacion eterna está asegurada; y vuestros parientes y vuestros amigos estarán orgullosos de vos cuando sabrán que, tendido en el campo del honor, habeis muerto no solo como un valiente, sino tambien como un cristiano.

Aun cuando por un motivo cualquiera, no pudierais confesaros, no por eso

se perderia todo; pues la Iglesia nos enseña que un buen acto de amor de Dios y de contricion perfecta, borra enseguida todos los pecados mortales, con tal que sea bien sincero el arrepentimiento y que se tenga la resolucion de confesarse con un sacerdote si se presenta ocasion. Tened presente que el tener contricion perfecta, quiere decir arrepentirse de los pecados con todo el corazon, no por miedo de ir al infierno, sino por amor á Dios que nos ama tanto. Lo repito: *La contricion perfecta, con verdadero deseo de confesarse, basta para poner en estado de gracia á los pobres moribundos que no pueden conseguir un sacerdote.*

Ved ahí la fórmula del acto de contricion perfecta, que todo buen cristiano tiene de saber de memoria y repetir amenudo:

«*Señor mio Jesucristo, me arrepiento con todo mi corazon de haberos ofendido, porque sois infinitamente bueno y porque os desagrada el pecado. Propongo firmemente, mediante vuestra gracia, nunca más pecar.*»

Tambien puede decirse, con más brevedad, así:

«*Señor mio Jesucristo, os amo y me*

arrepiento con todo mi corazon de haberos ofendido.»

Os recomiendo que no olvideis esto si llegais á necesitarle. Va en ello la salvacion de vuestra alma.

Así fué como murió, cual verdadero cristiano, el caballero Bayard, honra de su patria, y por todas partes llamado «el caballero sin miedo y sin tacha.» Herido mortalmente y sintiéndose morir, llamó á su escudero, se hizo acomodar al pié de un árbol, y allí besando la cruz de la empuñadura de su espada pidió en voz alta perdon á Dios por todas sus faltas, con tanta fé, con tanto fervor, con tanto arrepentimiento, con tanta sencillez y con tanta confianza, que su pobre escudero lloraba á lágrimas vivas. No pudiendo confesarse por última vez como lo hubiera querido hacer, dijo sencillamente á su escudero sus principales pecados, á fin de humillarse más... Y así entregó al Señor una bella alma. ¡ Así debe saber morir un soldado!

IV.

Despues de la batalla.

Procurad que la embriaguez de la victoria no os prive de cumplir entónces dos grandes deberes: el reconocimiento y la caridad fraternal.

Deber de reconocimiento para con Dios, que se ha dignado haceros salir sano y salvo de este sangriento combate de esa lluvia de balas y metralla, de esos terribles choques, de esas tomas y reconquistas de posiciones, de esos increibles peligros en que parece que deberiais haber hallado veinte veces la muerte. Ya veis: en lugar de eso estais vivo, más vivo que antes, y en disposicion de volver á empezar. Dad gracias á Dios y á la Santísima Vírgen: no seais ingrato, porque si lo fuerais otra vez tendriais acaso que arrepentiros.

Deber de caridad fraternal para con vuestros camaradas que han sucumbido en la lucha. Verdaderamente es muy bello eso de morir en el campo del honor; pero no por eso tienen esos valientes

menos necesidad de oraciones. Casi todos, por no decir todos, tienen de seguro faltas que expiar en el Purgatorio antes de entrar en el cielo; y es un grande deber de caridad cristiana y de fraternidad militar el rogar mucho despues de la batalla por todos los que han sucumbido en ella.

Tampoco debeis olvidar á los enemigos; despues de la muerte ya no hay enemigos, ya no hay más que hermanos.

Si habeis hecho alguna promesa piadosa durante la refriega, cumplidla fielmente en cuanto haya pasado el peligro. Para un hombre honrado que ha prometido una cosa, la palabra siempre es palabra.

V.

Regreso al país.

Por de pronto, este es el gran momento y la gran alegría. El regreso de un ejército victorioso sobre todo para nosotros los franceses es un triunfo embriagador que con nada pudiera compararse. El entusiasmo se apodera de todo el

mundo : viejos, jóvenes, mujeres y niños. ¡Qué dicha, en efecto, para una madre el poder volver á estrechar contra su corazon á ese idolatrado hijo, á quienes su amor y sus oraciones han estado siguiendo con tan tierna solicitud durante la guerra! ¡Cuántas familias dichosas! ¡Cuán cordiales alegrías! ¡Qué relatos tan palpitantes!...

El pensamiento de este venturoso regreso debe sosteneros, amigos mios, en medio de las fatigas de la guerra. Nuestros votos y nuestras oraciones os acompañan por do quier. ¡Qué la Vírgen de las Victorias os guarde y os nos devuelva!

ORACIONES.

que un soldado cristiano tiene que rezar todos los dias.

El *Padre Nuestro*, el *Ave María*, y el *Credo*.

Acto de fé.—Dios mio, creo firmemente todas las verdades que vuestra santa Iglesia católica apostólica y romana nos manda creer, porque se las habeis revelado Vos, que no podeis engañaros ni engañarnos.

Acto de Esperanza.—Dios mio, espero firmemente que por un acto de vuestra bondad infinita y por los infinitos méritos de mi Salvador Jesucristo, os dignareis concederme vuestra gracia en este mundo y, si sois fiel, vuestra gloria en el otro.

Acto de caridad.—Dios mio, os amo con todo mi corazon, con todas mis

fuerzas y con toda mi alma, porque sois infinitamente bueno é infinitamente digno de ser amado; y amo á mi prójimo como á mí mismo por el amor de mi Salvador Jesucristo.

Acto de Contricion.—Dios mio, me pesa en extremo el haberos ofendido, porque sois infinitamente bueno y porque el pecado os desagrada; propongo firmemente con el auxilio de la divina gracia, no volver á pecar en lo sucesivo y de hacer hasta la muerte una síncera penitencia.

A la Santísima Vírgen María.—Acordaos ¡oh piadosísima Vírgen María! que jamas se ha oido decir que ninguno de los que han acudido á vuestra proteccion, implorado vuestro socorro y reclamado vuestra asistencia haya sido abandonado por Vos. Animado con esta confianza, á Vos tambien acudo, ¡oh Vírgen reina de las vírgenes, y Madre mia, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados no atrevo á perecer ante vuestra presencia soberana. No desoigais

¡oh Señora! mis humildes súplicas, antes bien inclinad á ellas vuestros oidos y dignaos atenderlas favorablemente. ¡Oh María, concebida sin pecado original, rogad por nosotros que recurrimos á Vos!

FIN.



OBRAS DE MONSEÑOR SEGUR.

Esta Biblioteca popular establecida en Barcelona bajo el Patrocinio de san José está publicando todas las obras del sábio y popular Segur. Hasta ahora ha dado á luz las siguientes:

Veladas religiosas ó instrucciones familiares sobre todas las verdades de la Religion, obra amenísima y llena de abundante y sólida doctrina. Consta
en Barcelona á 14
pasta. En el resto

Contestaciones c
ciones mas extendi
Barcelona á 3 real
en pasta. Fuera á
pasta.

Objeciones contr
ciento.

El Niño Jesús, á
calina y relieves
plar.

Clero y Nobleza
¡Viva el Rey! á

ciento. Edicion de lujo encuadernada para regalar el dia de la primera Comunion, á 8 reales el ejemplar en Barcelona.—Fuera 9 reales.

La Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, á 50 reales el ciento.

La Religion al alcance de los niños, á 70 reales el ciento.

El Dinero de S. Pedro, á 20 reales el ciento.

¿Hay un Dios que se ocupa de nosotros? á 24 reales el ciento.

El soldado en tiempo de guerra, á 20 reales el ciento.

Están en prensa las dos siguientes: *A los que sufren.—La fe ante la ciencia moderna.—La Comunion.*

Cada ejemplar vale tantos céntimos como reales el ciento. Por cada 10 ejemplares de pago se dan dos gratis.

Dirigirse á D. Primitivo Sanmartí, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

